




EN ESPAÑA.		DIRECTORA,		EN EL EXTRANJERO,	
EDICION DE LUJO.		LA BARONESA DE WILSON.		ISLA DE CUBA Y PUERTO-RICO.	
					
EDICION ECONOMICA.		DIRECTOR-PROPIETARIO,		EN EL CENTRO DE AMÉRICA	
		JOSÉ DE CASTRO Y CERBÓ.		Y FILIPINAS.	
				Un año. 11 pesos.	

Tres meses.	28 reales.
Seis	50
Un año.	90

Tres meses.	16 reales.
Seis	28
Un año.	50

Seis meses.	5 pesos.
Un año.	9

Año II.	Madrid 13 de Setiembre de 1872.	Número 34.
---------	---------------------------------	------------

SUMARIO.

Revista de modas y labores, por la Baronesa de Wilson.—La instruccion de la mujer.—Hojas secas, por doña Matilda Troncoso.—Historia de dos bofetones, por D. J. Eugenio Hartzenbusch.—Amor y desden, por D. José Flores.—Margarita, por la Baronesa de Wilson.—El barco, el rio Marañon y la ribera, por don Juan E. Hartzenbusch.—Explicacion de los grabados.—Solucion á la charada del número 44.—Charada.—Advertencia.

Grabado núm 1.

REVISTA DE MODAS

V LABORES.

I.

Los Pirineos son este año el centro en donde se reune todo lo que representa la elegancia, la belleza y el buen gusto: la perspectiva es encantadora, porque entre los variados trajes de la estacion que ostentan nuestras damas, véanse descollar, en el fondo del cuadro, los pintorescos que usan los guías y que no carecerian de originalidad, para un baile de carnaval, por lo que los describimos.

El pantalon es de terciopelo negro, ajustado y abotonado á la rodilla, en donde empiezan una especie de botines de tela de hilo ó de punto de aguja. La chaqueta es de paño encarnado, abierta con solapas y bajo, de la cual resalta la pechera de la camisa, blanca como la nieve: el chaleco es de muleton blanco, y faja encarnada.

Una boina blanca ó azul, completa este traje tradicional, bello y característico.

Como contraste, citaremos algunos modelos de trajes de la más completa novedad.

El color azul es el que hoy hace furor, y en tela de hilo, forma deliciosos vestidos, adornados con guipur-Cluny blanco. La falda de uno de ellos tenia cuatro volantes con entredoses y guipur al borde: la túnica era drapeada y recogida en cascada hácia atrás y conchas de guipur: un dolman de paño azul, bordeado con fleco de madroños, prestaba á este traje gran relieve y algo de caprichoso.

Las polonesas de color claro están muy adoptadas para usarlas sobre faldas negras; por ejemplo, vestido de seda, negro, adornado con volantes rizados y escarolados.

Túnica de chalí gris perla con listas arrasadas, fleco rizado y recogidos á los costados y por detrás.

Las modas actuales, queridas lectoras, se prestan á la crítica severa algunas veces, y más aún cuando se supone que volverán á reinar las exageradas creaciones del primer imperio, que serán, á no dudarlo, superiores á las del 93.

Sin embargo, en las modas sucede como en los libros, que siempre entre cien páginas malas pueden encontrarse algunas que sirvan de ejemplo y que sean base para las buenas inspiraciones.

Citemos los *puffs* en apoyo de nuestra opinion: una falda recogida con arte, tiene gracia y elegancia; pero si á esto se añade un puff exagerado, una multitud de tela fruncida y plegada, en ese caso perderá por completo todo el buen gusto y degenerará en ridículo.

El terciopelo es el adorno por excelencia y el adoptado para los trajes de otoño, sean de alpaca, cachemir, poplin ó lanilla.

En la falda se colocarán dos ó tres bandas de terciopelo, graduado el ancho y sobrefalda-levita con dos terciopelos, haciendo los recogidos con lazos de lo mismo: escote fichú con solapas ó chaquetilla de terciopelo sin mangas.

Para las señoras que tengan el talle esbelto y delgado, aconsejamos la túnica-blusa, con cinturón y broche dorado ó plateado: una greca

de sutache es el mejor adorno para las túnicas-blusas, cuando son de cachemir ó lanilla.

El gris acero es un color muy en boga, y para adornarlo se combinan dos colores, el gris y el granate claro, es decir, un granate-rosa, que es de un efecto encantador.

Los colores para adornar los trajes de color gris, son el negro, marrón, granate-rosa y violeta oscuro, así como el cereza, el azul, el verde mar y el violeta amatista.

Las polonesas abotonadas, se hacen con pelerina pequeña, de terciopelo.

Los trajes para otoño serán preferibles de tartan ligero ó

poplin, sin paletó, pero con pelerina. Un bonito modelo para paseo, y que agrada á nuestras lectoras, es el siguiente.

Falda de seda fondo mahon oscuro con florecillas azules, adornada con un ancho volante de 40 centímetros, con cabecilla bullonada y ondas azules. Túnica abierta y recogida por detrás. Corpiño con petos y volante azul: la manga es pagoda con bullonado azul y ondas al borde; berta fichú, de seda azul: gracioso y juvenil es este modelo y de un efecto lindísimo.

Los colores vivos están admitidos y dan el mejor resultado para adornar los trajes color gris, tierra, barquillo, perla ó acero.

II.

La silla que encabeza nuestro número es un modelo elegantísimo, y puede hacerse de reps gris, color castor ó barquillo claro.

La banda es de paño encarnado; los grupos de florecillas son azules y blancas, las que tienen sujetos los pétalos con puntos rosa, formando estrella en el centro. Las florecillas azules están bordadas con seda blanca, y la semilla ó centro con seda oro pálido: las hojas cortadas son de paño verde. Los contornos de las hojas sobre las venas, se bordan con seda verde más clara: los tallos con torzal oscuro.

La banda bordada, se coloca en el centro, y el cojin suspendido con cordones de pasamanería, se forma con dos bandas, relleno de plumas y forrado con tela de hilo.

Podemos asegurar que estas sillas son lujosísimas para los lados de la chimenea, sobre todo, y para salas de confianza, á cada lado de una marquesita.

Animense, pues, mis jóvenes lectoras, y obtendrán un precioso mueble.

Volvemos á renovar nuestra recomendacion para las servilletas Gard, que tanto éxito han obtenido por sus condiciones especiales, para limpiar toda clase de metales.

Toda señora debe poseer una, pues para las alhajas es de una utilidad extraordinaria.

Ya es tiempo tambien de que vayan preparando las jóvenes todos los efectos para invierno, y como varias de nuestras suscriptoras nos han preguntado el medio para limpiar las franelas, les damos á continuacion la explicacion para ese objeto.

El tiempo pasa con increíble rapidez; y así como á la primavera sucede el verano y á éste el otoño, del mismo modo vemos acercarse el invierno, época para la cual hay que preparar todo lo que debe servir para abrigo.

Esto nos ha impulsado á indicar como útil, la nanera de lavar la franela.

Una cucharada de álcali en un litro de agua templada, y en esta composicion se dejan las franelas diez minutos; despues se prepara un agua de jabon templada, y con mucho bálago, y en ella se empapan las franelas durante una hora.

Se lavan prensándolas entre la mano, sin torcer ni frotar: se enjuagan con agua templada ó en la que se mezcla una pequeña dosis de álcali.

Se pondrán á secar en un sitio cerrado, para que el aire libre no las ponga demasiado tersas, evitando al propio tiempo el demasiado calor: plancharlas á medio secar,

Es por demás sencillo y eficaz emplear este medio.

La Baronesa de Wilson.

INSTRUCCION DE LA MUJER.

Hace pocos dias se publicaba la noticia de que una señora catalana habia pedido á la universidad de Barcelona exámen para tomar el grado de bachiller en Artes.

No podemos ménos que saludar con entusiasmo á esta moderna amazona del progreso: este hecho por sí solo marca desde luego una fija y brillante etapa en la tortuosa via de la civilizacion española: hasta ahora la mujer ha estado reducida, puede así decirse, á la nulidad; hasta ahora, salvo brillantes excepciones, exigíase sólo á la mujer los más someros conocimientos; más aún, exigíasele ya directa, ya indirectamente, no marchára adelante, esto es, no aprendiera,

no viera, no viviera más allá de cierto punto que se la marcára, ¡como si las inteligencias pudieran ser contenidas en límites marcados por la humana ambicion! Y aunque es verdad que algunas traspasaron esos límites estrechos, probando con su valor y con sus obras celebradas, la aptitud de la mujer para franquear las barreras que siempre opusieron á su desarrollo intelectual, tambien es cierto que éstas lo lograron á despecho de la opresion, y aun arrostrando á veces dolorosas heridas, causadas por los emponzoñados dardos de la maledicencia.

La mujer, como parte integrante de la humanidad, posee, como el hombre, el don precioso de la inteligencia; el Creador se la dió para cultivarla y perfeccionarla; ¿por qué, pues, oponerle límites imposibles? ¿por qué restringir su desarrollo en menoscabo de la misma inteligencia? Pues qué, ¿podrá dudarse que mientras más instruida sea la mujer, muy mucho más lo será la familia, y siéndolo la familia, la sociedad de que forma parte? ¿No influirá en mucho, no sólo sobre el mayor desenvolvimiento de la inteligencia de sus hijos sino que aun estos obtengan como natural herencia hasta modificaciones orgánicas que faciliten ese mismo necesario desarrollo? Oponerse á esta ley seria contrarestar abiertamente los designios de la Providencia, que hasta con mudas, pero elocuentes pruebas, nos enseña constantemente la necesaria, precisa marcha del progreso. Volvamos si no, la vista á la misma naturaleza: estamos en la selva vírgen, contemplamos una extensa planicie cubierta por la oscura impenetrable bóveda del bosque secular, allá en su centro, y como perenne centinela de aquella inmensa mole de espléndido verdor, destácase orgulloso un levantado pico de miles de piés de elevacion: este granítico gigante en cuya cúspide aun se ostenta la calcinada lava, en vano lucha con su árida corteza por separar de sí la vida vegetal, quien día por día, hora por hora, va ganando siempre terreno hácia su cima, siempre potente, siempre constante en activo desarrollo, primero por el débil musgo representada, despues por la diminuta graminéa que cual primorosa blonda le envuelve por su base como convidándole á vestirse con sus afiligranadas hojas, viene luego la yerba, el arbusto, el árbol... no desampara ya la vida vegetal, el espacio que tomó como al acaso; y crece y vive, y se extiende siempre, siempre y fatalmente, y concluirá por ocuparle por entero: así, la idea del progreso y libertad llega como al acaso al seno de sociedades corrompidas, y va, pasiva, pero constantemente, trasformando el árido suelo del absolutismo y la barbarie, en el rico y fecundo vergel de la libertad y la civilizacion, por más que potentes diques se le opongan; pues no puede la humana resistencia, con la voz prepotente del Grande Arquitecto de los mundos que determinó como ley exclusiva de sus futuros destinos, la perfeccion gradual y constante de las inteligencias.

La historia, la geografia, la física, la química, las ciencias naturales, en fin, en toda su extension, ancho campo presentan á la vasta curiosidad natural de la mujer, que, regenerada, digámoslo así, con su estudio podrá educar á sus pequeños hijos de muy distinto modo que hasta ahora; la mujer instruida sabrá desterrar de la mente de los seres que le deben la existencia, absurdas ideas que más tarde, al hallarlas en contraposicion con el estudio de las ciencias, les hacian perder un tiempo precioso, que invertirían necesariamente mientras durase la lucha que por precision ha de establecerse entre los supersticiosas ó fanáticas doctrinas que de niño en su mente se inculcaron, y la verdad radiante que las ciencias naturales les presentan: sabrá enseñarles, por ejemplo, que el sublime espectáculo solemne, de las eléctricas tempestades, no son el desencadenamiento de las iras del Eterno, sino por el contrario, la vida derramada á manos llenas, la armonía necesaria, precisa entre los seres animados, provista sabiamente de los elementos que les son indispensables por la bondad infinita, la misericordia infinita, por la infinita sabiduría del Infinito y Grande Arquitecto de los mundos.

¡Honor y gloria á la primera jóven que en España, usando de sus indisputables derechos, ha sabido sobreponerse á rancias preocupaciones y quiere ceñir su frente con los lauros de la ciencia! ¡Honor y gloria á toda aquella que la imite!

HOJAS SECAS.

Como á la entrada del canoso invierno
 Airado sopla el noto destructor,
 Se hielan los cristales de la fuente
 Y se oscurece el sol;
 Así como revuelto torbellino
 Arrebata las hojas con afán,
 Llevándolas en giros desiguales
 Descoloridas ya:
 Así yo he visto en memorable día
 Rugir impetuoso el Aquilon,
 Helarse mis creencias y esconderse
 El astro del amor.
 ¡Y así como las hojas, desprendidas
 Del alma apasionada vi caer,
 Las dulces ilusiones, los delirios
 Con que feliz soñé!

¡Hojas secas, imagen de mi vida,
 Jamás al árbol os podreis unir!
 ¡Ilusiones doradas!... Yo no creo
 Que retornéis á mí!...

Matilde Troncoso.

Habana y Mayo de 1872.

HISTORIA DE DOS BOFETONES,

POR

DON J. EUGENIO HARTZENBUSCH.

1689.—1839.

(Continuacion.)

Al ver Gabriela entre las damas que llegaban á saludarlas, algunas de sus amigas, asomó á sus labios una sonrisa, graciosa sí, pero insuficiente á disipar cierta nube de tristeza que empañaba su semblante, animado antes y rubicundo, mustio ya y ojeroso.

Los recién venidos, despues de los comedimientos ordinarios, dirigieron á Gabriela repetidos parabienes de su próximo enlace, que oía ella clavados los ojos en el suelo, no sabemos si de modestia ó de disgusto.

Uno de los caballeros que allí se hallaban, atormentaba su escasa imaginación, buscando hipérboles y piropos con que encarecer la felicidad de una novia, cuando, en mala hora para ella, descubrió su madre un brazo envuelto en una manga, toda rasgones y zurcidos, que penetrando el corro, buscaba la mano de la confusa niña, la cual, á pesar de su confusión, recibía disimuladamente un papel que procuraba ocultar en el pañuelo. Arrojóse doña Lupercia á su hija con la celeridad del águila, quitóle el billete, miró el sobrescrito, conoció la letra, y dejándose arrebatar de la cólera, violentísima, tal vez en algún devoto, levantó furiosa la mano y descargó sobre doña Gabriela el más recio bofetón que han soportado jamás femeniles mejillas.

—Se lo había prometido (perdóneme el Señor el enfado),—decía doña Lupercia, mientras la triste joven, casi muerta de rubor, se tapaba con el velo para ocultar su llanto.

Y despidiéndose apresuradamente de aquellos señores, cogió á su hija del brazo y se la llevó de allí, todavía más aprisa que habían venido.

Los mancebos del corro se rieron de la madre, las doncellas se burlaron de la poca destreza de su hija, las madres dijeron que estaban bien hecho, lo que no sabían á punto fijo por qué se había hecho; y al cabo de cinco minutos en que se había hablado de salmon, de comedias, de peinados, de Flandes y del Gran Turco, ya nadie se acordaba de una cosa tan insignificante como un bofetón dado *coram populo* á una casadera.

Y crearán nuestras amables lectoras (á quienes libre Dios de tan duros trances) que la serenísima doña Lupercia se contentó con la afrentosa corrección que había impuesto á la apasionada doncella? Nada de eso; así que llegó á su casa, y antes de quitarse el manto, pidió la llave del cuarto oscuro y encerró en él á su hija, retirándose sin decirle ni una sola palabra, pero dejándole sobre una mesa una luz,

un rosario, sus capitulaciones matrimoniales y un tratado de agricultura.

No hay que pensar que doña Lupercia tomase un libro por otro: el tratado de que hablamos, obra de un religioso sapientísimo, á vueltas de las instrucciones para el cultivo de la zanahoria y la chirivía, contenía excelentes consejos de moral para las jóvenes, llegando á tal punto el esmero y minuciosidad del reverendo autor, que les prescribía lo que debían hacer cuando les aconteciese hallarse á solas con un hombre mal intencionado, y les aconsejaba que al salir de casa mirasen si les colgaba algún hilacho ó si llevaban mal atadas las ligas. La lectura, pues, de algún capítulo de dicha obra, era muy del caso en tal ocasión.

Aquella noche, entre doce y una, penetró con mucho sigilo una criada en la prisión de Gabriela, y le entregó otro billete de su amante, instruido ya por el cojo del doloroso suceso de la mañana. Gabriela se apoderó con ansia de la pluma y del papel que le traía la subcomisionada del cojo, y de un tiron escribió estas palabras:

«Librame del poder de mi madre, Gonzalo mío, porque jamás he de ser esposa de un hombre, que aunque honrado, discreto y rico, tiene una cicatriz en la cara, no es capaz de escribir una redondilla, y se llama Canuto.»

Aquí llegaba cuando, acordándose del bofetón y temiendo que podría no ser el último, rasgó el papel, y dijo con resolución á la nueva mensajera:

—Vete y dí á don Gonzalo que ni me escriba ni me vea, ni vuelva á pensar en mí en toda su vida.

Quince días despues, mientras su madre estaba en el jubileo, se halló doña Gabriela en su cuarto, al anochecer, con el mismo don Gonzalo en persona.

—Sígueme,—prorumpió él;—todo está dispuesto para la fuga: dineros me faltan, pero arrojo me sobra; viviremos pobres en una aldea, pero felices.

Gabriela seguía maquinalmente á su galán, el cual había pasado ya el umbral de la puerta, cuando recordando ella el tremendo golpe de la mano materna, recuerdo que llevaba consigo el de la oferta solemne hecha por su madre al caballero de la cicatriz, se paró, retrocedió, y cerrando de pronto el postigo, se quedó la dama dentro, y en el portal el desventurado amante.

Otros quince días despues, el cura de San Sebastian, rodeado de una turba de curiosos, tapadas y muchachos, y asistido de sacristan y monacillos, preguntaba en la sacristía de la parroquia á doña Gabriela si quería por su legítimo esposo á don Canuto de la Esparraguera, y aunque es de ley que todas las que se oyen dirigir tan tremendas palabras, las escuchen con los ojos bajos, ello es que doña Gabriela, ó porque oyó alguna tos ó chicheo, ó sonó en el techo algún ruido que llamó su atención, y temió que se le desplomase encima, levantó contra el ceremonial la vista, y su mirada se encontró con la de don Gonzalo. Tuvo ya la novia entre dientes el primer sonido de un *no* claro y redondo, que no diese lugar á interpretaciones; pero acordándose en aquel momento del bofetón del día de Pascua, miró á las manos de su madre, y pronunció sin titubear el fatídico *si quiero*.

Cuatro años despues, subía á San Jerónimo una señora, bizarramente vestida de terciopelo, con diamantes en la frente y perlas al cuello, vertiendo salud y alegría su semblante lleno y colorado, imagen de la paz y la dicha, apoyando su carnoso brazo en el de un caballero con un chirlo en el arranque de las narices, y acompañada, además, de dos dueñas, dos pajes, dos niños, y dos niñas con dos criaturas, la una de pecho. Traía la feliz pareja una conversación secreta, aunque al parecer muy festiva: habiéndose parado un instante, dijo el caballero:

—Fué por aquí, sin duda.

—Aquí fué,—respondió la noble matrona, fijando con amorosa expresión sus ojos hermosísimos en el semblante de su esposo.

El caballero estrechó vivamente la mano de la virtuosa consorte, y le dijo en voz baja:

—No me podrás negar que fué un bofetón bien aprovechado.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

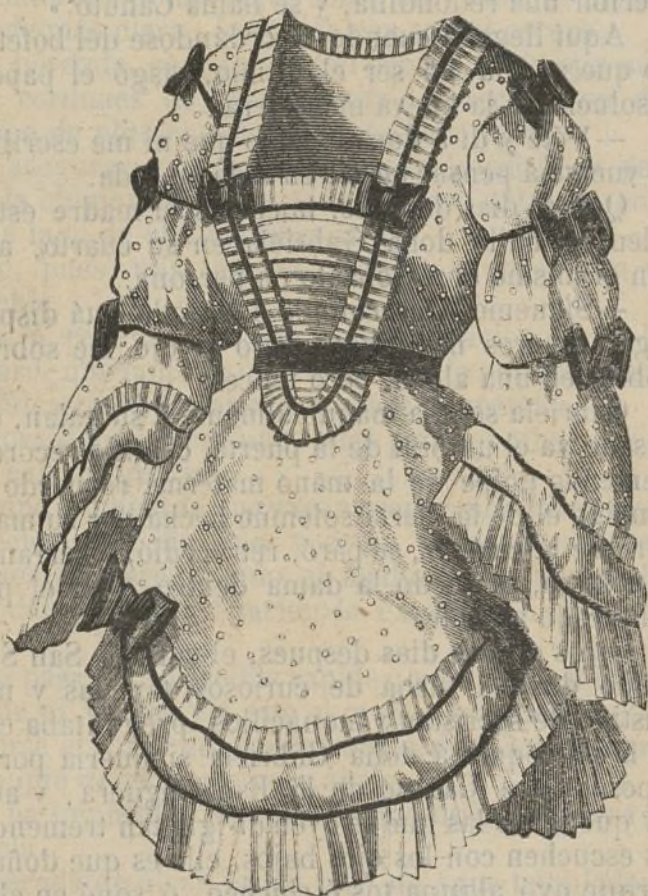
AMOR Y DESDEN.

¡Oh! ¡cuán dulce es obtener
En prenda de eterno amor,
De la querida mujer
Que cautivó nuestro sér
Un beso por gran favor!

Y ¡qué penas tan atroces
Siente el pecho dolorido,
Si tras momentos de goces
Vienen momentos feroces
De desden y amargo olvido!

Siempre el dolor iracundo,
El principio y fin abarca,
El gozar es un segundo
Y la ventura es tan parca
Que no la encuentro en el mundo.

Grabados números 2 y 3.



Tu belleza y tu mirada
Y exclamó con un suspiro:

¡Oh! ¡cuán dulce es obtener
En prenda de eterno amor,
De la querida mujer
Que cautivó nuestro sér
Un beso por gran favor!

Y ¡qué penas tan atroces
Siente el pecho dolorido,
Si tras momentos de goces
Vienen momentos feroces
De desden y amargo olvido!

José Flores.

MARGARITA.

ARREGLO DEL FRANCÉS AL CASTELLANO

POR

LA BARONESA DE WILSON.

(Continuacion.)

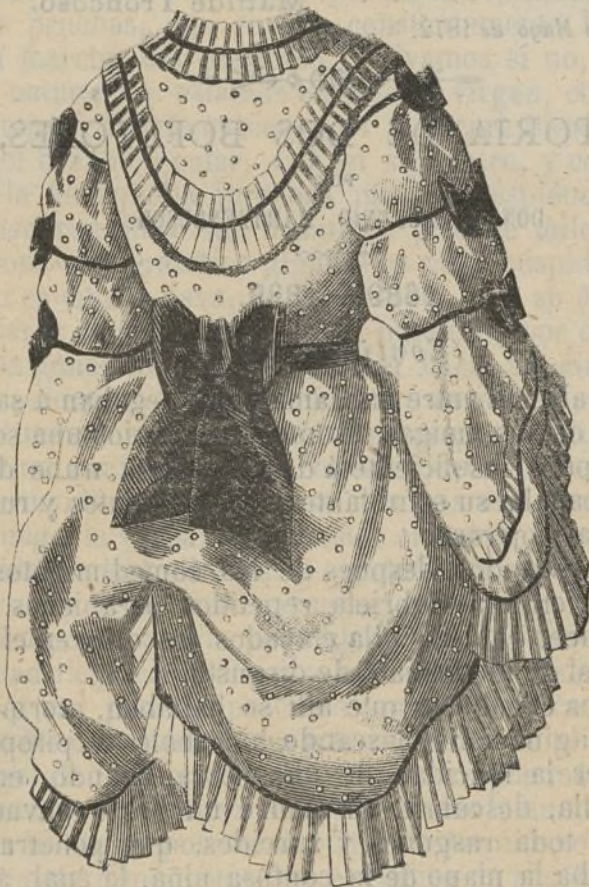
—Consuélate, y no te canses en averiguar el por qué, yo te lo diré. En primer lugar, Bautista no tiene educacion es-

Sí, Dolores, hoy mi mente
Por aquel beso delira,
Y recuerda amargamente,
Que de amor te di un torrente
En cambio de una mentira...

Mas no intento condenar
Tu conducta, sí la mía,
El necio fui yo en pensar
Que amor me pudiera dar
Un alma que no sentia.

No maldigo tus rigores,
Pues darme al cielo le plugo
Tal constancia en mis amores,
Que aun tengo á gloria, Dolores,
El tenerte por verdugo.

Y allá en la noche callada.
Cuando alguna estrella miro,
Veó en ella retratada



merada, es un aldeano y dice las cosas tal y como las piensa, sin buscar el medio de expresarlas ménos ágramente. El prefiere á Diego, eso es seguro, porque Javier, es pobre y sólo la avaricia, le hace mirar mal tus amores.

Margarita se dejó convencer: tenia bastante penetracion para conocer que Josefita podria acertar.

Poco á poco se tranquilizó, y sullanto cesó.

—En este momento,—dijo Josefita,—me ocurre una idea.

—Yo he tomado una determinacion,—replicó Margarita.

—¿Cuál es?

—Creo efectivamente que mi padrino desea me case con Diego, y que jamás consentirá en que sea esposa de Javier.

—En eso no hay duda.

—Resistir y luchar con mi padrino, es imposible: desobedecerle, seria una ingratitud y soy incapaz de abrigar tan malos sentimientos.

—Pues entonces...

—Le diré que renuncio á Javier, pero que no me obligue á enlazarme con Diego... seré desgraciada, pero vale más que ser ingrata. Debo lo que soy á mi padrino, le recompensaré con mi abnegacion y cariño.

Josefita sacudió la cabeza, abrazó á Margarita, y sonriéndose la dijo:

—No, querida hermana, puede hacerse otra cosa mejor.

—¿De veras?



Jules David Leroy, imp. r. des Murs, 66

Ad. Goubaud et Fils Ed^{rs} Paris

1055

EL ÚLTIMO FIGURÍN

Administración Calle de las Tabernillas N.º 8.

MADRID

34-72

Ayuntamiento de Madrid

Y la esperanza brilló en los ojos de la virtuosa joven.

—Sí: tú deseas casarte con Javier Lefort, y no es extraño, porque es fino, hermoso amable, mientras que Diego es un hombre del campo, rico sí, pero sería una pareja muy desigual. Tú educada en un colegio, cantando y tocando el piano, como una hada (ya ves que he aprendido de tí á expresarme) siendo una verdadera señorita, ¿cómo podrías vivir al lado de Diego? imposible.

—¿Pero cómo podrá arreglarse?

—De un modo muy sencillo: vamos á jugar con tu padrino, para conseguir buen resultado: ya habia pensado en esto desde que adiviné sus intenciones. ¿Te parece que tengo los ojos regulares? ¿las mejillas sonrosadas? ¿los dientes blancos y pequeños, y la cintura delgada? ¿que soy bien formada?

—Ya lo creo, eres mi buena Josefita, lo que se llama una mujer bonita.

—¿De veras? pues bien; yo no tengo padrino que me dote, nadie puede reprocharme mi ingratitud, ni desheredarme, ni imponerme leyes, por consiguiente tú podrías casarte con Javier y yo...

—¿Y tú qué?

—Escucha; en primer lugar le dirás á tu enamorado que no vuelva más por la granja.

—¿Qué dices?

—De ese modo, Diego tendrá más libertad para venir, y tú no te casarás con él, sino yo.

—¿Estas en tu juicio?

—Ciertamente: ya verás si lo consigo, y te ofrezco que Javier será muy pronto tu esposo: hoy mismo le dirás que no venga.

—Se lo diré.

—Abrazame y recobra la alegría.

Ambas jóvenes se estrecharon mutuamente, y se separaron riñueñas y esperando un porvenir mejor.

IV.

Habian pasado seis dias sin que Javier se presentase en la Caridad.

Bautista estaba más tranquilo, más jovial, y la sonrisa aparecia de vez en cuando en sus labios.

Como si se viera libre de una pesadilla, respiraba y se encontraba tan contento como en aquellos dias felices, cuando veia correr á Margarita, por los prados, y prodigarle sus infantiles caricias.

No sabia la causa de aquel retraimiento; pero no se atrevia á preguntar nada, ni á su pupila, ni á Josefita.

Si se hubiera fijado más, podia haber visto á Margarita, pensativa y llorosa, ya alegre, ya disgustada y de mal humor, y si la hubiera observado cuando estaba sola en su habitacion, habria notado que pasaba horas y horas en la ventana con la vista fija en el camino que Javier seguia para llegar á la Caridad.

Pero nada veia, porque el júbilo le tenia ciego, y como el amor es egoista, no sospechaba los tormentos que sufría la pobre niña, ni las lágrimas que derramaba.

Diego frecuentaba la granja, sin que sus visitas fueran muy bien acogidas.

A veces pasaba más de una hora sin lograr ver á Margarita; pero en cambio se encontraba siempre con la graciosa y risueña Josefita.

Bautista sentia una alegría inmensa, al ver el desden con que recibia Margarita á Diego.

Esto le ayudaba poderosamente.

Javier habia desertado, y Diego no era admitido: sus esperanzas renacian.

Una tarde llegó Diego, con un ramo de flores en la mano y galantemente se lo presentó á Margarita.

—Póngalo usted encima de la mesa, ó donde mejor le parezca,—dijo la joven desdeñosamente.

—¡Ay!—murmuró Diego turbado,—esperaba que mi ramillete tuviera el honor de verse en sus manos de usted, Margarita.

—¿Para qué? Tiene usted unas pretensiones ridículas.

Y la pupila de Bautista, se levantó del asiento y salió, dejando á Diego furioso.

—No valia la pena ensangretarme las manos y formar el ramillete; coqueta, orgullosa.

Y arrojó las flores sobre la mesa, disponiéndose á salir.

Pero Josefita entraba en aquel momento.

—Diego, ¿por qué trata usted tan mal á esas pobres flores? ¿No eran para mí?

—¿Para usted?

—Sí: ¿no me repite usted siempre que su único anhelo es llegar á ser amado por Margarita?

—Es mi único deseo.

—Pues entonces, ¿para qué ofrecerle un ramillete que debia usted regalarme á mí? Sin duda ha olvidado usted nuestras condiciones.

—¿Cómo?

—Hemos convenido, que usted me haria la corte para interesar á mi señorita, que usted me obsequiaria, para llamar su atencion.

—Es verdad, pero...

—¿Pero qué?

Josefita estaba encantadora, y sus

ojos eran tan expresivos, que Diego se turbó, y un vértigo de pasion le encendió la mirada y el rostro.

La postura, los movimientos y el semblante animado fresco y juvenil de Josefita, fascinaban á Diego, haciéndole olvidar el objeto de su visita.

No era la primera vez que el ascendiente de la traviesa criatura, hacia un efecto en Diego parecido al amor.

—Míreme usted,—le dijo.

—¿Para qué?—murmuró Diego, sin saber lo que decia.

—Porque deseo saber qué tal me encuentra usted.

—Lindísima.

—Mis ojos son negros...

—Y en ellos arde una hoguera.

—Mi boca es grande...

—Pero con dos hoyitos irresistibles,—repuso Diego, levantando los ojos al cielo, como para manifestar su admiracion.

—Entonces, ¿seré capaz de enamorar? ¿qué le parece á usted?

—Capaz de volver loco, al más indiferente.

—Pues entonces...

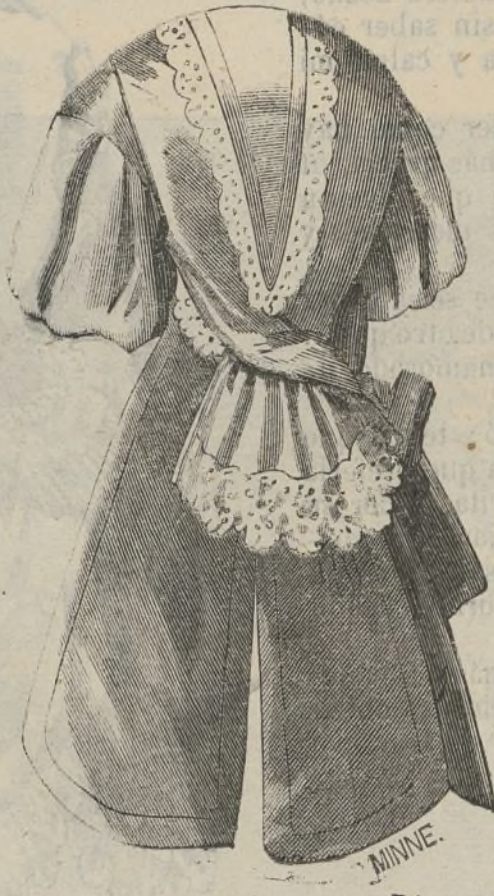
—Entonces, ¿qué?

—¿Por qué siente usted tanto hacerme la corte?

—¿Yo sentirlo?

—Sí, puesto que á pesar de que ama usted á Margarita y de que se trata de obtener su cariño, no quiere usted fingir que me ama.

Grabados números 4 y 5.



—¡Josefita!...

Esta exclamación era tan elocuente, que hizo asomar una sonrisa á los labios de la astuta joven.

—Por su interés de usted es,—replicó.

Diego no supo qué contestar: sentía una emoción desconocida: los oídos le zumbaban, y deseaba refrescarse la cabeza, porque la tenía como un volcán.

—Conque adios, Diego, yo tengo que hacer; piense usted en lo que le he dicho.

Y ligera como una corza, salió dejando al rentero, aturdido y medio embriagado de pasión.

Sin darse cuenta de lo que hacía, se puso el sombrero y salió al campo dirigiéndose á la Espina, en el camino de la cual encontró á Bautista.

—¿Qué hay, amigo, qué tal vamos con nuestra empresa?

—Muy poco adelantados,—contestó bruscamente Diego.

—¿Cómo? pues no vas todos los días y haces la corte á mi ahijada y la presentas ramilletes de flores y...

—Que ella no admite: hoy mismo ha despreciado uno y francamente, un hombre como yo, no sufre con paciencia los desaires, y si no hubiera sido por Josefita...

—¿Qué?

—No sé lo que hubiera hecho; pero esa muchacha, sin saber cómo, disipó mi cólera y calmó mi corazón.

—Esa es una mujer como hay pocas: no he visto más gracia, ni más travesura, que la que revelan su sonrisa y sus ojos picarescos y algo atrevidos.

—La verdad es que sería capaz de trastornar el juicio de otro que...

—No estuviera enamorado de Margarita, ¿no es eso?

Diego no contestó; temía que Bautista comprendiera que prefería la doncella á la señorita, y por su parte el rentero de la Caridad, comprendiendo lo que pasaba en el interior de Diego, procuraba añadir leña al fuego.

En efecto; ¿qué más podía desear sino que conseguido el objeto de alejar á Javier, le dejaran por completo el campo libre?

V.

El amor tiene el privilegio de convertir en niños y ciegos á los más espertos y juiciosos, porque la razón está en disonancia con la pasión ardiente.

—Te encuentro preocupado; ¿será que te cansas ya de luchar?—preguntó con socarronería, Bautista.

—La lucha no ha sido muy larga; ya ve usted,—añadió con aire presuntuoso,—el hermoso Javier abandonó la partida temiendo sin duda que yo le pulverizara.

—¿Y no habeis tenido ningunas palabras, ni explicaciones?

—Ningunas: visto que yo era decididamente el aspirante á Margarita, se retiró.

Bautista, dudaba. No comprendía aquella brusca retirada, ni adivinaba cómo se había conformado su pupila.

Para él era un hecho misterioso.

—Mire usted,—dijo de repente Diego, cual si acabara de tomar una determinación,—es preciso concluir: usted me impulsó á llevar adelante mis amores, y ahora ya es preciso que tome usted parte en la situación.

—¿Pero qué he de hacer?

—Hablar á Margarita y hacerle comprender que usted desea se decida á ser mi esposa.

—Yo no quiero imponerle mi voluntad; pero sin embargo, tendré una explicación con ella; ya ves que tampoco se puede llevar todo á punto de lanza: vaya, adios, muchacho.

—Vaya usted con Dios; pues si tarda mucho en decidirse,—murmuró Diego,—no sé lo que sucederá, porque la verdad es que la tal Josefita, es preciosa y no tiene el orgullo de la otra, y puede ser que á pesar de no tener dinero, me convenga mejor para mujer.

Pasaron tres días sin que se notara ningún cambio en la marcha de los acontecimientos, y sin embargo, cada cual presentía que debía suceder algo.

¿Por qué? Imposible de explicarlo. Margarita estaba triste, preocupada, pareciéndole que alguna tormenta se cernía sobre su cabeza.

Bautista deseaba, sin atreverse, explorar el corazón de su ahijada.

Diego hubiera querido poseer las riquezas de Bautista y casarse con Josefita, y sólo la traviesa joven, segura de conseguir un marido rico y enamorado, estaba contenta y satisfecha.

Javier no se atrevía á presentarse en el cortijo, porque temía trastornar el plan de Josefita, el cual debía tener por resultado su enlace con Margarita.

Ambos enamorados sufrían intensamente, pero tímidos los dos, y sin bastante energía para arrostrar la cólera de Bautista, vivían entregados á su mudo dolor, resignándose á verse alguna vez á la entrada de la iglesia, y á escribirse diariamente, siendo el tronco de un árbol, el depositario de sus amorosos pensamientos.

En él ocultaba Javier sus cartas, allí las recogía Margarita, sustituyéndolas con las que ella escribía.

Una tarde se ocupaba la pupila de Lefevre en estudiar una pieza nueva de piano, cuando vio venir á Diego.

Bautista, se encontraba en Chalons, por lo cual quiso evitar verse á solas con su enojoso pretendiente.

—Josefita,—dijo encaminándose á su habitación,—á tí te toca acoger la visita de Diego.

El rentero de la Espina, entró en la sala baja, no vio á nadie y ya empezaba á impacientarse, cuando una voz muy conocida, le dijo:

—¿Ha pensado usted bien en lo que le indiqué días pasados?

Diego se estremeció, y una nube de fuego le veló la vista.

Josefita, le sonreía adorablemente, y con un aire de triunfo, al comprender lo que pasaba en el interior de aquel enamorado por fuerza.

—¿Recuerda usted,—le dijo,—que no bastaba con el consentimiento de Bautista, sino que era también preciso el de Margarita?

—Desde luego, ¿y qué?

—Que no será si no lo merece usted, á pesar de que á ella no le disguste.

—¡Ah! ¿conque no la desagrado? eso no lo dudaba yo,—repuso Diego con marcada complacencia.

—Sí, pero usted no hace nada para agradarme á mí, que es lo principal.

Como la inteligencia de Diego era tan limitada, se perdía en un mar de confusiones, y estaba tan aturdido como si los ruidos más extraños atormentaran su cerebro.

Por un momento permaneció sumido, en sus reflexiones, con la cabeza baja y acariciando su barba.

—Vamos, ¿á qué se decide usted?—preguntó Josefita.

Grabado núm. 6.



—Decido que deseo agradar á Margarita.
 —Es decir, ¿á mí?
 —A usted, convenido.
 —¿Y que hará usted cuanto yo diga?
 —Lo haré.
 —Pues empiece usted por hacerme la corte en regla, como si yo fuera Margarita.
 Josefita lanzó una mirada tal, que Diego se sintió completamente loco, y tomando una mano, la besó con trasporte.
 —¡Oh! la amo á usted, y no podré vivir sin ser correspondido.
 —Eso se llama hablar,—replicó Josefita riendo;—ya verá usted como nos entendemos; pero creo que me llama Margarita, adios, hasta mañana.
 Y haciéndole un gracioso saludo, se alejó precipitadamente.
 —Esta mujer es bruja,—murmuró Diego saliendo del cortijo:—por fuerza me ha dado algun filtro.

VI.

Durante algunos dias, Diego, continuó encontrándose con Josefita, sin saber si era por ella, ó era por Margarita, por quien hablaba, y si sus apasionadas palabras servirían para la una ó para la otra.

Josefita le aseguraba que cada dia ganaba terreno, pero él no comprendia la timidez de Margarita, ni por qué se ocultaba cuando él llegaba, y poco á poco, insensiblemente, habia perdido la costumbre de pensar en la pupila de Bautista; pero en cambio la imagen de Josefita estaba siempre delante de sus ojos; ella era á quien veia cuando formaba planes para el porvenir, ella lo que ocupaba el lugar de esposa en su pensamiento y en su casa.

Un dia le recibió Margarita, en lugar de la hija de Mariana, y no supo qué decirle.

Al cabo de un rato, preguntó con visible turbacion.

—Y Josefita, ¿no está en la granja?

La jóven contestó con un monosílabo.

Diego la contempló un instante y le pareció triste y seria.

—¡Canarios!—se dijo á sí mismo,—Josefita es mil veces más encantadora.

Cuando entró la jóven, le pareció que todo se iluminaba, y sintió verdadera alegría al ver que Margarita se retiraba despues de hacerle un ligero saludo.

—Dios mio,—exclamó,—¿en qué consistirá que no encuentro palabras al lado de mi novia, y con usted estoy siempre dispuesto á decir mil cosas? Me parece que no pienso del mismo modo que hace un mes.

Grabado núm. 7.



—¿De veras? pues disimule usted delante de Bautista.
 El ventero entraba en aquel momento, pero pensativo y contrariado.

La mano que tendió á Diego, estaba fria y temblorosa.

Se dejó caer en un sillón y pidió á Josefita una copa de vino, la bebió y continuó silencioso y abatido.

De repente se levantó, dió dos ó tres vueltas y le dijo á Josefita, con acento brusco:

—Dí á Margarita que venga.

Despues se volvió á Diego, y añadió:

—Dispénsame por hoy, pero me precisa estar solo con mi ahijada.

Diego se levantó y salió sin atreverse á pronunciar una palabra.

Cuando entró Margarita, encontró á su padrino con la cabeza entre las manos y apoyados los codos en sus rodillas. Su respiracion era agitada, y un temblor nervioso estremecía todo su cuerpo.

La jóven permaneció un instante sin atreverse á interrogarle.

Tuvo miedo, y el pensamiento de alguna gran catástrofe, cruzó por su imaginacion.

Se puso densamente pálida y murmuró:

—¡Dios mio, Dios mio! ¿qué será esto?

Bautista permanecía completamente absorto, de tal modo, que su pupila se adelantó sin ser sentida, y apoyando una mano sobre el hombro del rentero, le dijo con voz dulce y temerosa:

—¿Deseaba usted hablarme, padrino?

Lefevre miró á Margarita, tiernamente, la tomó las manos y se las besó.

—Sí, hija mia; tenia que hablarte, ó más bien pronunciar una sola palabra que encerrara todo lo que pudiera decir: Estoy arruinado.

—¿Qué dice usted? arruinado...—exclamó Margarita.

—Sí, hija querida.

—¿Pero, cómo?

—La inundacion y la tempestad de hace dos meses, han destruido la cosecha de este año.

—Una cosecha para usted no es gran cosa.

—Sí; si sólo fuera eso... pero mira.

Y Bautista sacó un papel de su bolsillo.

—¿Qué es eso?

—Una citacion para comparecer en el juzgado.

—Pero, Dios mio, ¿por qué?—articuló Margarita, afligida y llena de dolor.

—Escucha: durante muchos años ha dormido un pleito en el que ni mi difunto padre ni yo hemos pensado. Hoy vuelve á seguir su curso, segun este papel indica, y me disputan con encarnizamiento la Caridad y todos los campos y tierras que le pertenecen.

—Pero ¿no tiene usted derecho?

—Sí; pero los títulos de propiedad no existen, y los herederos de aquellos, de quien habia adquirido mi padre estos bienes, me los reclaman y pueden probar que son suyos, pues la venta fué el motivo de empezarse este pleito.

—¿Pero no se defenderá usted?

—Sí me defenderé, pero en ello gastaré todo el dinero que poseo, y tendré, para poseer la Caridad con tranquilidad, que comprarla de nuevo, y no tengo suficiente fortuna para eso.

—¡Pobre padrino mio!—murmuró Margarita abrazándole con efusion y derramando copioso llanto.

—Y tú no sabes que para mí será la muerte abandonar la casa en donde nací, y en la cual murieron mis virtuosos padres y mi santa y digna esposa; tambien aquí cerré los ojos de mi hijo, y yo creía exhalar mi último suspiro en los sitios en que disfruté algunos dias felices y en donde tambien he sido muy desgraciado.

(Se continuará.)

EL BARCO, EL RIO MARAÑON Y LA RIBERA.

FÁBULA, IMITACION DEL ALEMAN.

Yo (dijo el barco al Marañon bravío)
Navego sobre tí: besa mi casco,
Y admira mi saber y poderío.
—Yo (le replica el río)
Si revuelve mis olas un chubasco,
Estrello en un peñasco
Todo ese gran poder: tiembla del mio.
—Vivid en paz (exclama la ribera):
Si hay borrasca, me inundo la primera.
Si chico y grande con furor insano
Se enzarzan en quimera,

Quien no quiere reñir es el pagano.
Falta para que á todos bien redunde,
Que no insulte el bajel, ni el agua inunde.

Juan E. Hartzenbusch.

EXPLICACION DEL FIGURIN DE LA EDICION DE LUJO.

1.º Traje para campo.—Vestido de fular color oro pálido, adornada la falda con un volante de 40 centímetros y otro más pequeño de 15. Túnica redonda por detrás y por delante drapeada y guarnecida con volante fruncido de 12 centímetros, dos terciopelos negros y encaje guipur, del color del traje. Corpiño con aldetas cortas por delante y largas por detrás, con volantes de 10 centímetros, dos terciopelos y un encaje. Lazos de terciopelo en la cintura y en las mangas. Fichú de encaje. Sombrero de paja belga, bordeado con terciopelo, lazos de esto mismo y flores silvestres.

2.º Vestido de muselina con cenefa y volantes de 35 centímetros. Corpiño con aldetas y volante de 12 centímetros; en la cabecilla una cinta malva: las mangas tienen dos volantes y otra forma la berta. Lazos y cinturón con caídas y volante de 12 centímetros. Sombrero de paja con flores malva. Velo de gasa. Zapatos Luis XV, con lazos Fenelon.

EXPLICACION DEL GRABADO NÚMERO 1.

Silla con cojín suspendido. Esta silla es de raso ó reps gris, castor, y la banda de paño grana bordada. (Véase labores.)

EXPLICACION DE LOS GRABADOS NÚMEROS 2 Y 3.

Túnica de muselina blanca con lunares, con escote cuadrado y alta por detrás: bullonados y guarniciones. Lazos y cinturón de terciopelo azul.

EXPLICACION DE LOS GRABADOS NÚMEROS 4 Y 5.

Manteleta con banda de cachemir color malva, adornado con guipur.

EXPLICACION DEL GRABADO NÚMERO 6.

Modelo para polonesa-túnica.—Se hace de seda negra con lazo y caídas en el costado derecho. El cuello, la manga, el lazo de la cintura y el borde, están guarnecidos con fleco y encaje.

EXPLICACION DEL GRABADO NÚMERO 7.

Dibujo para la banda de la silla. Esta banda puede servir también para portieres. (Véase labores.)

SOLUCION DE LA CHARADA DEL NÚMERO 44.

Caballero.

Han dado la solución las señoras doña Micaela Ruiz, doña Trinidad de la Rua, doña Concepcion Carrasco, doña María Antonia Perez, doña Asuncion Diaz de Castro.

CHARADA.

Mi primera y mi segunda
De la muerte es precursor;
Mi tercera te la digo
Si reparas la expresión.
Y mi segunda y mi cuarta
Te dice, caro lector,
Aunque otra cosa parezca
Que pocas, muy pocas son.
Y mi todo, aunque indirecta
Es una contribucion.

M.

ADVERTENCIA.

Con este número repartiremos como regalo á las señoras suscriptoras de la edicion económica, un figurin iluminado, cuya explicacion se encuentra en el número 45, esperando que sea de su agrado y que verán una prueba más de nuestro deseo de agradar al público.

Las señoras suscriptoras que deseen completar la coleccion del FIGURIN para poseer la novela *El Libro del corazon* desde su principio, pueden dirigirse á esta Administracion pidiendo los números que les falten desde Octubre hasta fin de Abril, por la mitad de su precio, ó sea un real cada número de lujo, y medio real para los de económica.

MADRID: 1872.—Imp. de Santos Larxé, Rio, 24.